

CON LOS GAUCHOS DE LA PAMPA

ERWIN VON HASE

Hasta donde alcanza la vista, la Pampa se extiende hacia todos los confines en una llanura casi perfecta, como un mar sin límites. En el horizonte, una línea negro-azulada determina la transición del pálido amarillo verdoso de la estepa al claro azul del cielo. La infinita planicie parece desprovista de todo encanto: monótona y prosaica en medio de su misterioso silencio, sólo interrumpido de vez en cuando por el graznido de un ave, los mugidos de los vacunos y los relinchos de los equinos, y no obstante, muy pronto se descubren sus típicas bellezas que enseñan a amarla y hacerla inolvidable. Nada tan acertado como la comparación hecha entre la Pampa y una de esas mujeres de las que no nos enamoramos a primera vista, pero que saben apoderarse del corazón de un hombre hasta la muerte cuando se ha echado una mirada a su más recóndito ser.

Pastos que llegan a la altura de la rodilla, amarillos y secos en invierno; frescos, jugosos y verdes en verano cubren el suelo de loess bajo la capa de humus. A cierta profundidad, se encuentran formaciones rocosas de la llamada tosca.

En toda la región pampeana hay lugares donde abundan las dunas de arenas movedizas y grandes arenales estériles, depresiones invadidas por juncas y pequeñas, lagunas en cuyos bordes y fondo se depositan capas blancas de sal. Asimismo, se ven con frecuencia árboles aislados, arbustos y matas ralas de púas y espinas largas y puntiagudas. ¿Pero qué puede significar todo esto en una región de 740.000 kilómetros cuadrados? Por paradójico que pueda parecer, sólo intensifican la impresión de mar.

Así como los primitivos habitantes de la Pampa, los indios puelches, fueron desplazados por las corrientes inmigratorias europeas, también sus cultivos hicieron retroceder a la flora autóctona. En pos de ella, sin cesar, se propagaron desde Buenos Aires, el punto de partida de la inmigración, hacia los cuatro puntos cardinales. En un futuro no muy lejano llegarán hasta las cordilleras nevadas, no tanteando como hasta ahora sino dominando y entonces Argentina será el granero y la proveedora de carne más importante del mundo.

Por cierto, quien mejor pudiera seguir el paulatino retroceso de la vegetación autóctona sería un viejo cacique indio que mirara desde lo alto de los eternos cotos de caza la Pampa abandonada por su pueblo hace tanto tiempo. Muy grande sería su asombro si viera los cultivos de plantas útiles en las otrora desiertas estepas y que por todas partes los alambrados cercenan la inmensa planicie, en prueba de que cada parcela pertenece a un dueño. Rara vez se ven personas si no es en la inmediata vecindad de las ciudades. El viajero sólo se cruza con incontables rebaños de ovejas, caballos y vacunos.

La fauna es tan pobre como la flora. La especie más característica de toda la Pampa es la vizcacha, muy perseguida en razón de su carne delicada y los grandes perjuicios que calisa. Por sus hábitos nocturnos, su extremada timidez y su agilidad, resulta bastante difícil cazarlas con escopeta. Por esta razón se opta por hacerlas salir de sus cuevas mediante el humo, un recurso más sencillo y, al mismo tiempo más barato. Otro animal tan difundido como la vizcacha es la pequeña lechuza de las viscacheras, cuya particularidad es cazar también de día y, alimentarse de langostas. Se la ve posada en los cercos y seguir a los jinetes con sus grandes ojos amarillos. Sus dos parciales -de tamaño algo mayor- sólo salen a cazar de noche: son la lechuza y el mochuelo.

El buitre negro y dos especies de rapa(es, el caranclio y el chiniango son los agentes sanitarios encargados de eliminar la carroña de las reses muertas. El teruteru, cuyo nombre deriva de su peculiar graznido, prefiere las regiones secas, mientras que los flamencos, patos, cisnes y el cuervo (ibis) pueblan las lagunas grandes y pequeñas. A menudo se suele ver también al ñandú y a la cigüeña.

La martineta constituye un delicioso manjar. Es tina gallinácea de la estepa que hace honor a su designación zoológica elegans. También lo hace el zorrino.

El jaguar en el norte, el puma, el gato montés y el guanaco en el sud y el venado ofrecen oportunidad para practicar la caza mayor.

El armadillo se distingue por su caparazón y el sabor tolerable de su carne, al menos cuando no se obtiene sino carne de oveja. No abundan mucho los reptiles, con excepción de los lagartos. Entre los ofidios

propios del lugar, sólo es ponzoñosa la víbora de cascabel. Los de mayor longitud, pero pertenecientes a otra familia, llegan a medir un metro y medio.

Me abstendré de hablar de mosquitos y otras alimañas similares en beneficio de mi salud, pues a juicio de mi médico de cabecera toda excitación es perniciosa.

Además de estos animales y plantas, pueblan la Pampa los gauchos: descendientes de los primeros españoles venidos a los países del Plata después del descubrimiento de América y que intimaron con las indias. De los soldados españoles, el gaucho heredó su salvaje e indómita libertad, su afición e inclinación por la postura marcial, su habilidad para andar con caballos y su aversión a las labores arduas y penosas del labriego. Con su vestimenta pintoresca como de bandolero corcovea sobre sus caballos dando muestras de su pericia y, arrojo como jinete. El sombrero oculta su rostro curtido por el viento y la intemperie, donde fulguran un par de ojos oscuros y dientes de deslumbrante blancura. Protege su cuello un gran pañuelo de seda doblado en diagonal, cuyas dos puntas flamean al viento en tanto el vértice del triángulo es metido bajo el sombrero para proteger la nuca de los rayos del sol y de la picadura de los mosquitos. Cubre su torso una camiseta de lana y una chaqueta corta y la parte inferior del tronco y las piernas van enfundadas en amplias bombachas abotonadas en los tobillos y sujetas a la cintura por un ancho ceñidor adornado con monedas y provisto de bolsillos. En la parte posterior de este cinturón el gaucho mete su fiel compañero de día y de noche, un largo facón que a manera de herramienta universal usa como mondadientes o raspador de cascots. Los gauchos de más recursos llevan también al costado un trabuco antediluviano. Por lo general, no dispara, pero de todos modos le imparte al portador un aire marcial y le brinda un servicio no desestimable como maza. Los días de fiesta el gaucho se pone botas de caña alta, mientras que los restantes calza alpargatas (calzado de lona y sogas) o botas confeccionadas con cuero de potro. Un corte transversal en torno al muslo de un caballo muerto, cerca del vientre, otro corte por encima del corvejón, luego se tira del cuero, se tusa el pelo y se curte y ya está

terminada la bota. Por la parte delantera asoman los dedos de los pies, pero hay dandies que solucionan el inconveniente atando un cordón en la punta de la bota. En las regiones alejadas es dable encontrar aún gauchos descalzos, pero jamás desprovistos de sus pesadas espuelas, cuyos discos se hincan en la arena. Como es de imaginar, el gaucho no está familiarizado con las ciencias. En la mayoría de los casos no sabe leer ni escribir. ¿Con qué objeto? Cuando recibe o debe mandar una carta el tendero del almacén más cercano lo hace igual o mejor que si él hubiera aprendido a hacerlo.

Sin embargo, es menester reconocer en los hijos de la Pampa cierta gracia y caballerosidad. Aún conservan en su sangre estas cualidades heredadas de sus antecesores, los conquistadores españoles. A un gaucho jamás se le ocurriría dirigir la palabra a la dueña de casa sin descubrirse y quitarse el cigarro de la boca y las manos de los bolsillos. Su vivienda es más que primitiva y no contiene en su interior sino lo más indispensable, pero a pesar de su pobreza, sus moradores ofrecen una asombrosa hospitalidad, una cualidad condicionada por la escasa densidad de población del campo y la carencia de hospedajes fuera de las ciudades, que a menudo se encuentran a varios cientos de kilómetros de distancia unas de otras. Pero de todos modos, el huésped siente que la bienvenida es sincera y puede considerarse como en su propia casa. Nadie entra en un rancho sin que le sea ofrecido enseguida un mate o tabaco y uno de los niños busca diligente y sin mediar ninguna indicación una brasa del hogar que acerca al visitante para que encienda su cigarro. Sin embargo, donde hay luz, también se dan las sombras. El gaucho no lleva el facón muy fijo en su cinturón y la más insignificante nimiedad lo impulsa a empuñar el arma. La compasión en particular por los animales, es un sentimiento por completo desconocido. Los caballos que presentan zonas magulladas y sangrantes del tamaño de tina montura se siguen cabalgando y para tiro se emplean bestias con heridas abiertas en el pecho, donde enjambres de moscas depositan sus huevos. El dueño de la estancia donde nos encontrábamos estuvo a punto de hundirle el cráneo a un gallego con el cabo de su pesado rebenque por haber intentado desollar una oveja sin estar aún del todo

muerta. Por supuesto, el infame individuo fue echado de la estancia, pero anduvo merodeando por los alrededores hasta que se le ofreció la oportunidad de disparar un tiro a su ex patrón. Poco después fue enviado a la Isla de los Estados en un prolongado viaje de descanso, donde se lo confinó además por otros motivos.

Al entrar en una ciudad es obligatorio dejar todas las armas que se portan en la comisaría, aun cuando su empleo puede resultar muy necesario allí. Sin embargo, la disposición no se toma al pie de la letra. Si se tiene la mala fortuna de ser detenido, las dos alternativas que se presentan son el pago de una crecida multa o quedar preso en un calabozo. Las autoridades rompen la hoja del facón y devuelven a su dueño el mango a menudo muy valioso por ser de plata pura. Este procedimiento tampoco es tomado al pie de la letra.

La doma constituye una fiesta en la existencia poco variada del gaucho. No se la puede llamar adiestramiento pues este requiere más tiempo y esfuerzo de lo que valdría la pena dado el precio que se paga por un caballo. Un animal de trabajo que satisfaga todas las exigencias cuesta tan sólo unos 40 a 60 pesos.

Ya a las primeras horas de la mañana se ve una larga caravana de gauchos atravesar el campo arriando los caballos hacia el corral, un lugar cercado por empalizadas y dividido en varios potreros. Asustados y trémulos, los animales se aprietan unos contra otros, resoplan y yerguen las orejas. Sólo tienen un instante de calma pues no tardan en entrar al corral sus perseguidores, haciendo girar el lazo a rodeabrazo. Comienza en el estrecho recinto una frenética carrera tras las temerosas bestias. Dos lazos surcan el aire con un silbido; cada uno ha ido a amarrar las patas delanteras y traseras de uno de los equinos. Las correas quedan tensas y provocan su caída. En un abrir y cerrar de ojos le han colocado una montura y el cabestro. Se desatan los lazos y tan pronto el animal se incorpora el domador salta sobre su grupa. Por un momento el animal se resiste. jamás ha sentido el peso de una montura sobre su lomo, ni qué decir de un ser humano. Se inicia entre el jinete y el noble bruto una lucha interesante y de bastante emoción para el espectador. A derecha e izquierda del domador cabalgan otros gauchos, cuya misión

es desviar al animal del cerco del corral hacia el centro cuando intenta arrimarse a los postes. Por fin su resistencia decae, y cuando se resigna a su destino se lo deja en paz hasta el día siguiente en que se repite el mismo juego. En comparación a la primera lidia, es en verdad un juego. La operación se repite hasta que el animal reconoce la superioridad del hombre y ejecuta mansamente las tareas que se exigen de él.

Todos salen a presenciar el espectáculo: el estanciero con su peonada y la señora con los niños. Sentados sobre el cerco los espectadores fuman, charlan y con ademán de entendidos siguen expectantes todas las fases del excitante juego sin dejar de dictaminar sobre la bondad de los caballos y la destreza ecuestre del domador.

Cuando algunos potros han recibido su primera lección, la audiencia espera ansiosa una variación. En voz alta se manifiesta la duda acerca del arte del famoso domador: debe brindársele la ocasión de mostrarse en su número brillante. Está en juego su honor de jinete. El estanciero le autoriza domar en pelo a un animal particularmente bravo. Se llama así, la manera de cabalgar sin montura ni arreos sobre el lustroso animal, una destreza de la que sólo son capaces los gauchos argentinos y no todos tampoco.

Mientras el caballo elegido es separado de los demás el domador se trepa a un poste de la tranquera y se queda colgado del travesaño, a la entrada del corral. En su cinturón sólo lleva su rebenque con un pomo del tamaño de un puño. Azuzado por una gran gritería el caballo es obligado a atravesar por la tranquera y en el momento oportuno el domador se deja caer sobre su lomo. Los espectadores hacen apuestas en tabaco y cigarrillos acerca de si caerá o no, de la cantidad de cabriolas que hará el animal con las cuatro extremidades en el aire, etc.

Nuevamente, se inicia una lucha entre el potro y el jinete, pero ésta mucho más emocionante, pues el hombre se impone a la bestia sin más ayuda que su fuerza muscular. Después de muchos brincos, giros inesperados y cabriolas el caballo describe varias vueltas sobre sí mismo, se yergue erecto sobre su tren trasero y de súbito se echa al suelo revolcándose sobre el lomo. El domador salta con destreza y vuelve a montar al caballo tan pronto éste se incorpora sobre sus miembros. A

semejanza de una pelota el animal da un salto repentino y cae con las extremidades tiasas haciendo rebotar al jinete. Uno diría que el impacto debe haberlo dejado sin sentido. Una nueva corcova, curva como una hoz, capaz de despertar la envidia de un gato. Mordiscones, coceos hacia adelante y hacia atrás. Nada le sirve. Los muslos del jinete rodean sus flancos como férreas tenazas. La lidia continúa. No le queda al animal ni un pelo seco en el cuerpo, su respiración se hace jadeante, se le dilatan los ollares, sus ojos inyectados de sangre lanzan en derredor miradas furibundas. En el jinete también se advierte la tensión casi sobrehumana de todas sus fuerzas. Tiene el rostro amoratado, los ojos que parecen quererle saltar de las órbitas por el esfuerzo y las hinchadas venas le dan un indescrípible e inquietante aspecto de rudeza.

¿Quién aguantará más, el hombre o la bestia? De pronto restalla el pesado rebenque en el aire y el pomo de plomo golpea al potro en la cabeza entre ambas orejas que se desploma sin sentido. A su lado, se yergue triunfante el domador y agita su sombrero. Ruidosos aplausos premian su coraje y su pericia como jinete. El estanciero le da la mano y le expresa su reconocimiento. Vacilante pero orgulloso el domador abandona la arena echando miradas a su alrededor. Se sabe el héroe de la jornada y se hablará mucho de él aún cuando, al atardecer, el mate corra de mano en mano, mientras un cordero se va asando en el asador.

Al igual que la mayoría de los habitantes de las estepas, los gauchos no cabalgan sobre una silla propiamente dicha, sino sobre una pila de mantas y pieles. Dejando de lado el asiento blando y cómodo, cuando se pernocta a la intemperie este tipo de ensillar tiene además la ventaja de reemplazar a la cama, tan echada de menos dada la gran diferencia de temperatura entre el día y la noche que se hace notar en forma particularmente desagradable en invierno. Debo a la montura gaucha muchas noches agradables pasadas a campo raso y junto al fogón de los ranchos, razón por la cual no quiero dejar de erigir en los párrafos siguientes un monumento a su memoria.

En primer lugar se colocan sobre el lomo del caballo dos bolsas de arpillera, luego dos o tres pieles de oveja y para dar a la montura la amplitud del asiento de una silla, se pone sobre las pieles un armazón

consistente en dos rodillos de cuero, rellenos de paja, de sección ovalada y el grosor de un brazo. Ambos rodillos están unidos entre sí mediante cuerdas cruzadas a la manera de un corset. Se asegura todo el conjunto mediante una cincha de cuero de dos palmos de ancho, en la cual van sujetos los estribos. Estos son tan cortos que los muslos del jinete quedan en posición casi horizontal. Por lo general, los estribos son de cuero y escasa anchura, suficiente para permitir el apoyo de la punta del pie. Como jamás se trota, sino se anda al paso o al galope, no es necesario que sean más anchos pues no se requiere su apoyo para el trote inglés, además evitan que el jinete quede enganchado en ellos en caso de una caída. A veces sólo se usa un travesaño de madera en reemplazo del estribo, sobre el que se apoya el pulgar de tal manera que la correa del estribo pasa entre este y el segundo dedo. Naturalmente, el dispositivo requiere cabalgar descalzo. La ancha faja de cuero de la cual penden los estribos, como ya se ha mencionado, sirve asimismo de cincha. No lleva hebillas, sino dos aros de metal y su extremo más delgado se pasa por la parte más voluminosa del vientre del caballo y se tira con manos y dientes apoyando el pie izquierdo sobre el flanco del animal para lograr mayor fuerza. Finalmente se lo asegura con un nudo como de corbata. Completan la montura otras dos pieles de oveja y una mantilla de grueso cuero de carpincho. Una correa del ancho de un dedo mantiene en su lugar este segundo complemento de la montura. Cuando va a realizar un largo viaje, el gaucho lleva su ropa debajo de la mantilla y un poncho, manta de lana con una abertura en el centro para pasar la cabeza. Así descrita la operación de ensillar parece ser hartamente complicada, pero adquirida cierta práctica, no demanda más tiempo que la colocación de una silla inglesa, porque todas las cubiertas se pueden poner de una sola vez sobre el lomo del caballo y luego no resta sino ceñir y anudar las dos correas. Pero hasta tener esa práctica, de ordinario a poco de empezar a cabalgar se le escapan a Lino las distintas piezas y por último no queda más que el aguerrido jinete, siempre y cuando no haya ido a ver de cerca el suelo, para comprar campo, al decir del *Terminus technicus*.

El gaucho no atribuye gran importancia al aspecto de su montura, pero sabe dar a los arreos un acabado artesanal y elegante.

Los confecciona con cuero sin curtir cortado en lonjas del ancho de tina cerilla. Estas tiras se trenzan formando tientos de superficie redondeada o con cantos, que adorna con guarniciones de plata. No se usa el bridón. Sólo se apoya el freno sobre el bocado.

A los potros jóvenes y caballos de boca débil se les ciñe una fina correa en derredor del maxilar inferior, a través de la boca y en ella van anudadas las riendas. Forma parte de los arreos un cabestro de largas correas que al cabalgar se lleva en la misma mano con las riendas para impedir la huida del animal en caso de una involuntaria separación del jinete y su cabalgadura. De noche se atan juntas las extremidades anteriores del caballo mediante una manca que pende del estribo. De esta manera, se posibilita al animal buscar su alimento, pero sin alejarse demasiado del campamento o de la casa.

Por la anchura de la silla y la posición casi horizontal de los muslos, naturalmente no se puede hablar de una acción de las piernas y de postura según nuestra acepción. El gaucho cabalga al balance. En consecuencia, el caballo marcha sin adoptar una postura erguida sino alargando la cabeza y el cuello. Todo su adiestramiento se reduce a obedecer a las siguientes señales: galopa a un golpe del rebenque; se detiene a un tirón de las riendas. Si se desea hacer girar al caballo hacia la derecha se apoyan las riendas sobre el lado izquierdo de su cuello y a la inversa. Por lo demás se cabalga a rienda suelta, dejando que el animal cuide del camino y de no tropezar.